

El Nilo, un río que lo cuenta todo

Vicente Guarner

En esta crónica de viaje, el doctor Vicente Guarner, autor de libros como El profesor de Anatomía y Murmullos en el ático, entre otros, desde su óptica de cirujano y siguiendo una vieja tradición que se remonta al explorador y arabista Richard Burton, nos ofrece un panorama de la civilización que floreció en las riberas del Nilo y se confiesa enamorado del pueblo que, aún hoy, nace y renace con el subir y bajar de sus aguas.



A Ruy Pérez Tamayo, entrañable amigo que, aunque nunca fue oficialmente mi maestro, me ha enseñado muchas cosas.

A través de la amplia ventana de mi camarote, contemplo absorto, todavía entre sombras, al dios Ra dibujar en la ladera este del Nilo el perfil de las palmeras, ciertas espigas de trigo y todavía algunos esbozos de flores de loto. Anuncia el dios su presencia con una raya rosa, casi anaranjada, que se alarga y se posesiona, poco a poco, de todo el horizonte. De pronto, se torna amarilla y traza una primera pincelada de oro sobre el río que, en unos instantes, hará de él un inmenso espejo. Ra desafía y vence; y así lo ha hecho desde siempre, y con asombrosa

tenacidad ha derrotado a la sombra de la muerte. Una vez más ha batido la negrura de la noche, al mismo tiempo que ha dado génesis a la vida. No es sólo el alba de este día, en particular, aquello que llanamente expresa, sino lo que desde hace miles de años dice y repite: “Yo soy la aurora de la humanidad”.

Al recorrer la cuenca del Nilo, entre las arenas cobrizas del desierto, el agua va adquiriendo, pausadamente, la tonalidad que la define, una variante entre azul y verde: ni más ni menos lo que conocemos como verde Nilo. Estoy en Abu Simbel, en Nubia, un país al sur entre el Egipto que podríamos llamar genuino y el Sudán. Una tierra de hombres de tez oscura, pero de finos perfiles, que han sido los descendientes de aquellos pocos que sobrevivieron a incontables e incabables guerras. Nubia



Tumba de Thutmosis III, XVIII dinastía

con su desierto, sus oasis y sus tesoros labrados en piedra es hoy una parte de aquel país de los faraones. Uno de éstos ganó algunas guerras, perdió muchas, y por más que para demostrar que el hombre siempre ha sido presa fácil de la vanidad, se mandó construir, en pleno desierto de Nubia, aunque muy cerca del río, un suntuoso templo en cuya entrada se retrata a sí mismo en cuatro colosos de piedra que lo representan en sus distintas edades. En el interior del templo, los altos relieves nos hablan de que había ganado todas las batallas y de su carácter invencible y omnipotente. Me refiero, por supuesto, a Ramsés II. Cuando murió, con más de noventa años de edad, lo evisceraron como a todos los grandes, es decir, le extrajeron aquellas partes del cuerpo que primero sucumben a la descomposición al resultar presa de esas siete generaciones de gusanos de las que es víctima la materia orgánica, devorada hasta llegar a los huesos, después de la muerte. Para evitarlo, a través de las fosas nasales, le extrajeron todo el cerebro y mediante una pequeña incisión en el flanco izquierdo del vientre, todas las vísceras abdominales y torácicas. Luego le untaron aquellos bálsamos y ese aceite sagrado prescrito por los sacerdotes y lo vendaron todo, con telas de lino. Aquello era imprescindible, toda vez que, en las doctrinas de los egipcios, el hombre estaba hecho de su cuerpo y del *ka*, principio animador de la vida, del alma; finalmente de su sombra y de su nombre. Al morir era menester reunirlos a todos para asegurarle la vida eterna. A la momia de Ramsés II, los treinta siglos de vendajes habían lastimado su cuerpo y con ello su egolatría. Se hubiese sen-

tido muy decepcionado de contemplarse en semejante estado y con semejante vestido. Con ese motivo, los franceses, en el año de 1976, lo llevaron a París, lo hospitalizaron, lo pasaron por los aparatos de rayos X más sofisticados, para emitir un paleodiagnóstico y, finalmente, lo curaron. Un tratamiento largo y costoso. Pienso que deben haberlo hecho como un acto de remordimiento de conciencia para compensar aquella villanía cometida cuando el rey de Egipto, por engaño, intercambió con Napoleón III uno de los obeliscos del templo de Luxor por un reloj francés, que nunca llegó a dar la hora en el Cairo. Años después de su paleotratamiento, en París, el faraón, Ramsés II, fue colocado en un ataúd de cristal con aire acondicionado y devuelto a Egipto.

La civilización egipcia es la vida de su río. Un río que nace, crece y después se deteriora y enjuta, como todo ser viviente, todo a lo largo de un año y desde hace miles de siglos. Y lo que el Nilo vive es como la vida misma. Con el desierto de Libia al oeste y el yermo arábico al este, el Nilo tan sólo reanima y tonifica aquellas tierras que lindan con él. El calendario egipcio se estructuraba, fundamentado en ello, en tres estaciones de cuatro meses con treinta días cada uno. Primero, la de inundación; de siembra, la segunda, y, finalmente, de cosecha, la tercera. Sumaban en total trescientos sesenta días. Pero faltaban cinco, para llenar los trescientos sesenta y cinco días del año; a éstos los llamaban “Los días olvidados”.

Su filosofía se fundamentaba, igual que su estancia en la Tierra, en la vida del río. Si éste es caudaloso y hasta se desborda en cierta época del año, después decrece y llega, incluso, a angostarse en algunos trayectos para renacer frondoso al cabo de unos meses, al hombre le debe acontecer algo semejante, crece, decrece y muere, pero debe renacer. La muerte no puede ser eterna. Es la vida aquello que alcanza la eternidad. Esta renunciación a la muerte surgió de la contemplación de las aguas del Nilo y ha acompañado al hombre, con el auxilio de sus dioses, por más de cinco mil años, con todo y el descubrimiento de los materiales radioactivos, de la energía nuclear y de los cada vez más accesibles viajes interplanetarios. Nadie se resigna a la muerte eterna y muy pocos, incluso, de aquellos que cifran sus esperanzas en el cielo, porque no están tan seguros de la existencia de un más allá.

El dios Ra no era suficiente. Lo sustituyeron primero por Amón que, curiosamente, había adquirido, con el correr de los siglos, esa fonética, bien que su verdadero nombre era el de Amen, voz que coincide con la hebrea *amén* que, como todos sabemos, dice: así sea. Y fue introducida en el lenguaje castellano, apenas en el siglo XII, según Fernando Corripio.

Desde un principio, los egipcios se vieron en la necesidad, para amparar su estancia en la Tierra, de recurrir

a una serie de dioses que se distribuyeran las labores. La medicina, cuenta Herodoto, tuvo varios según las enfermedades: ojos, corazón (que era el órgano fundamental para ellos) y hasta el mismo ano. Siempre que he sido invitado a dar charlas en sociedades de proctología les recuerdo a estos especialistas, que los egipcios llamaban al médico “El pastor del ano”, con lo que colmo a muchos de mis oyentes de felicidad.

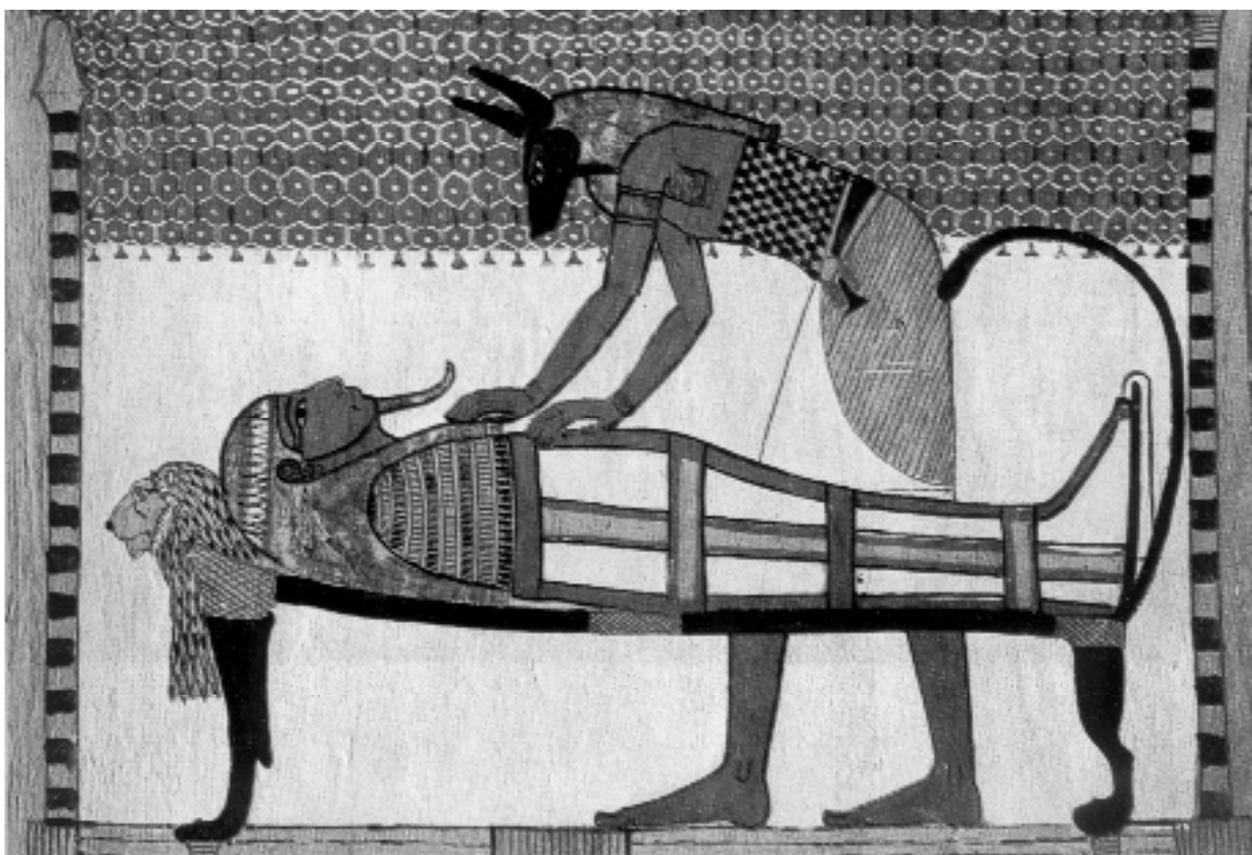
Los egipcios contaron dentro del campo médico, y desde muy al comienzo, con un hombre excepcional. Era polifacético. Primero fue astrónomo y matemático, después arquitecto. Como arquitecto, con la mano de obra de los prisioneros nubios y somalíes, construyó la primera pirámide de vocación funeraria, aunque hecha en forma de escalones o pisos que iban de una base ancha a bases cada vez menores hasta el vértice. A este tipo de construcciones se les llamaba Mastaba. Además, este prodigio de hombre, que llegó incluso a la máxima categoría política después de faraón, la de visir (que es hoy día como ministro de gobernación o del interior), se llamaba Imhotep, que, en la lengua de aquellos egipcios quería decir: “el que camina en paz”. Imhotep resultó, por añadidura, un destacado médico. Después de algunos siglos, su imperecedera imagen fue deificada y se convirtió en el dios de la medicina egipcia. Es muy probable que la figura de Asclepio, el dios mitológico de la medicina griega y, asimismo, el romano Esculapio hayan resultado derivados directamente de la imagen de Imhotep.

En Kom Ombo, una insignificante población a cuarenta y ocho kilómetros de Asuán, existe uno de los tem-

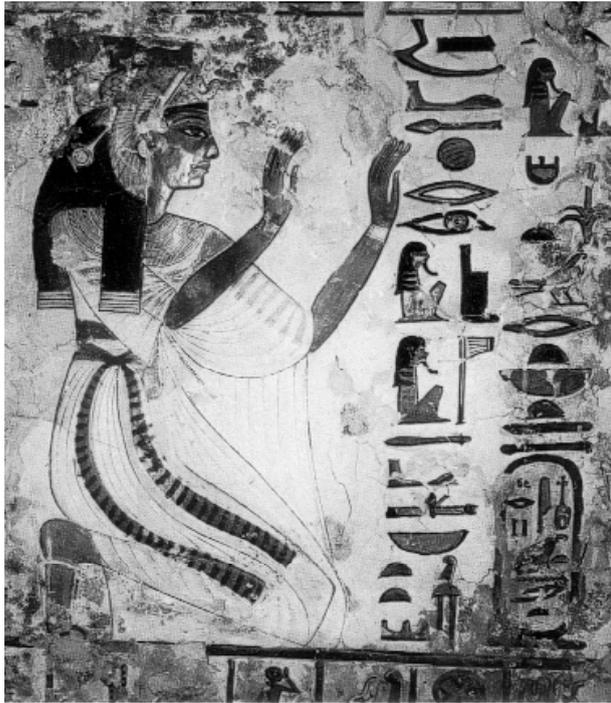
plos más interesantes de la arqueología egipcia y además ubicado en pleno campo, rodeado de extensas zonas verdes. Cuenta el templo con un sinnúmero de antecámaras para Horus, el dios halcón, y Sobek, el dios cocodrilo. En uno de los muros, en un pasaje angosto y en apariencia irrelevante, se puede observar con precisión, una imagen del dios Imhotep y a su izquierda instrumentos quirúrgicos que semejan un escalpelo, tijeras, pinzas y separadores. Uno de los primeros indicios quirúrgicos, después del papiro de Edwin Smith. Un poco más allá, cruzando el patio, se tropieza uno con un profundo pozo que comunica con el río y que se utilizaba para medir el nivel de las aguas del Nilo.

Decía un poeta francés que pasar el invierno en Egipto y el verano en París es donde reside el esnobismo de las golondrinas. La imagen es en gran parte cierta y casi de una seducción irresistible, por más que mi persona preferiría cualquier otra estación del año para París que no fuera el verano y, aunque me fascinaría pertenecer a este bello y poético género volátil, desafortunadamente, no soy golondrina, aunque éstas seguramente opinarían lo mismo que el poeta francés.

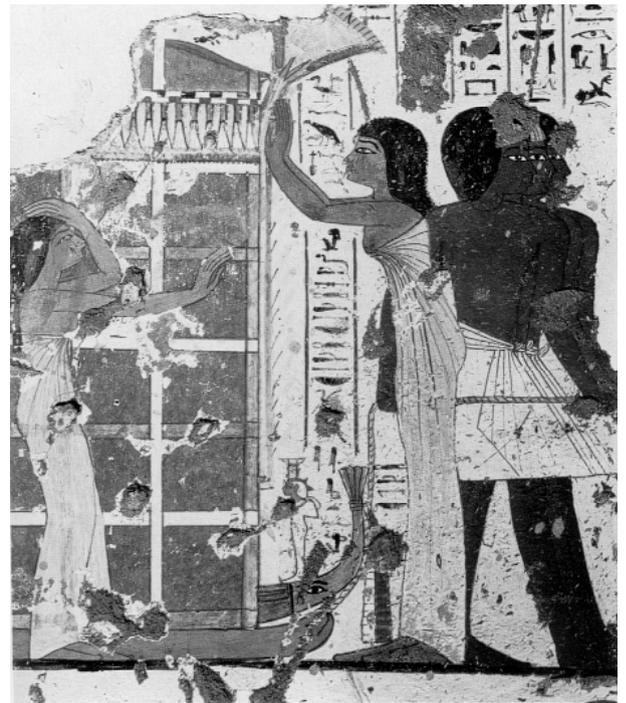
La civilización egipcia no puede dejar fría a persona alguna. Cautivó a un sinnúmero de hombres: Moisés, Alejandro el Magno, Julio César, Mohamed Alí, Napoleón I, Champollion, Ferdinand de Lesseps y a los ingleses, que controlaron la política egipcia desde 1883, con un protectorado oficial entre 1914 y 1918; bien que, ya habían vivido obsesionados, durante la época victoriana, por encontrar los orígenes del Nilo, cuando la muy



Tumba de Sennedjem, xx dinastía



Tumba de Nefertari, XIX dinastía



Tumba de Nebamon e Ipuky, XIX dinastía

inglesa Royal Geographical Society patrocinó a un grupo de *gentlemen* aventureros para la intrépida y novelesca empresa.

De todos los amantes con que el Nilo ha contado a lo largo de los siglos, el que, a mi modo de ver, mostró una mayor devoción fue Ptolomeo Soter, cuñado de Alejandro y uno de sus generales, a quien en la división testamentaria le tocara en suerte el país del Nilo. Ptolomeo cambió la capital y la situó en Alejandría. Desde el comienzose aculturó al nuevo país, a su religión y fundó una dinastía reinante: los ptolomeos cuya última reina, Cleopatra, atravesó todos los siglos después de ella, hasta encarnar, en nuestros días, en el paradigma de la mujer absoluta.

Ptolomeo Soter creó el famoso Musseion, el lugar de las musas, donde reunió arquitectos, astrónomos, matemáticos, filósofos y médicos. Todos los campos resultaron fructíferos, pero, en particular, la escuela médica anatómica que conocemos hoy como la Escuela de los Empiristas Alejandrinos. En ella se practicó, por primera vez, la disección del cuerpo humano. Dos grandes estudiosos de la medicina describieron muchos de los órganos y los bautizaron en su lenguaje coloquial; Herófilo 340-300 a.C.: el duodeno (el que tiene de largo doce dedos), el intestino delgado o yeyuno (el vacío); el íleon (doblado), el páncreas (todo carne). El otro médico, Erasístrato, 304 a.C., nacido treinta años después del primero, fue un investigador incansable, neumatista

e interesado en la conformación del cerebro y en el paso de la sangre. El Musseion fue *alma mater* de muchos de los grandes médicos, como Galeno.

Templos, tumbas, columnas, esculturas nos recuerdan, a cada instante, el portento de aquel mundo que creó una política de Estado, desarrolló una gran agricultura y un arte de una sensibilidad excepcional, cuando todavía gran parte del resto del mundo vivía en cavernas, se alimentaba de la caza y apenas comenzaba a descubrir el cultivo de las tierras.

Debajo de todas estas piedras existe todavía algo de mucho valor. Es menester, al viajar por Egipto, estar dispuesto a deslizarse entre su gente que sabe aceptar y perdonar todo a condición de una sonrisa. Son dulces, de un humor fácil y alegres en su miseria. Al salir del museo del Cairo nos subimos, mi mujer y yo, en un taxi desvencijado. El conductor, un hombre de unos cincuenta años, me pidió que me sentara a su lado y a las primeras de cambio me dijo, en un inglés macarrónico, pero comprensible: “Yo soy Mustafá, ¿y tú?” y de inmediato me tendió su mano callosa para tomar, efusivamente, la mía. Cuando aún en este mundo materializado, que ha olvidado aquello que todavía nuestros padres llamaban ideales, acontecen hechos así de simples, si se quiere, pero espontáneos y calurosos, hacen que uno se enamore de un país y de su pueblo y que en la sobremesa próxima, y en la siguiente, no cesemos de evocar con mi admirado amigo Ruy Pérez Tamayo las hondas impresiones de este viaje a Egipto. U

Es menester, al viajar por Egipto, estar dispuesto a deslizarse entre su gente que sabe aceptar y perdonar todo a condición de una sonrisa.